

Los Nómades de la Sal de Bolivia

Cinco de la mañana en el pueblo de Chacala, sur de Bolivia. Aún no amanece y la temperatura alcanza los 25º bajo cero. Sin embargo, a pesar del intenso frío, la actividad en la casa de Irineo Colque, arriero de llamas de toda la vida, no se detiene. Él, su esposa Marta y su sobrino Fulgencio, preparan la próxima caravana de sal que llevará este producto a través de las montañas hacia las tierras bajas, donde la sal es tan apreciada como el agua. Irineo no se amilana por las dificultades que le imponen jornadas de esa naturaleza, atravesando terrenos accidentados y resistiendo el frío. Al contrario, se empaña en conservar esta tradición y abriga la esperanza de que su sobrino hará perdurar en el tiempo esta costumbre ancestral.

Fulgencio, orgulloso de ser su discípulo, y como si se tratara de un mandato divino, sigue al pie de la letra las instrucciones del veterano, incluida la advertencia de Irineo de atar una pequeña mota de intenso color rojo para diferenciar sus llamas del resto circundante. Tal vez sea éste el último eslabón en una tradición que esta a punto de desaparecer: las caravanas de los nómades de la sal del gran sur boliviano.

Bajo un intenso frío. Marta prepara maíz tostado para los caminantes, al fondo de su terreno, su rústico pero confortable hogar y el telar en medio del patio. Rápidamente se saca sus sandalias y, para mi asombro, con los pies desnudos, muele quínoa en una piedra ahuecada. Responsable de los víveres que se llevarán, Marta corre de un lado para otro preparando las meriendas. Charqui (carne seca de llama), papas deshidratadas, harina de quínoa, son algunos de los alimentos más consumidos.

La caravana avanza lentamente por el lecho seco y arenoso del río Chacala. Los arrieros corren de un lado para otro para mantener a los animales en la dirección correcta. Camino hacia el cerro Cuzco. Fulgencio Colque hace lo mejor que puede bajo la mirada atenta del veterano. Marta regresa a la casa sin decir adiós, la morada no debe quedar sola.

Desde el enorme salar de Uyuni, el más grande del mundo y a más de 3.600 msnm es extraída la sal en bloques compactos. Los cortadores duermen en pequeñas instalaciones hechas con ladrillos de sal. Hoy por hoy, la utilización de camionetas y camiones alquilados por la comunidad para llevar la sal está terminando con las caravanas de llameros. En época de lluvias, de noviembre a marzo, el gran salar se cubre de agua imposibilitando el corte de los bloques.

La caravana de sal ha cruzado por remotos y agrestes parajes, entre el viento y el frío de junio, remontando altas latitudes carentes de aves y árboles, donde sólo es posible escuchar el canto del viento entre las rocas; Villa Concepción, Apacheta y Watarchi han sido, entre otros, los sitios que atravesarán en su recorrido las 27 llamas guiadas por Irineo y Fulgencio; además del valor del valor y la abnegación de los llameros, los

acompaña el coha, la ofrenda de hierba y pequeñas figuritas que simbolizan prosperidad y agradecimientos a la madre tierra, que Irineo, antes de partir y rodeado de su familia, ha quemado en un hoyo cercano a su vivienda.

Para soportar la larga e intensa caminata, el experimentado Irineo mastica hojas de coca que guarda en una pequeña bolsa tejida por Marta; es el primer día de travesía y nos alejamos de la casa de los Colque, mientras el silencio parece congelar mis oídos y sólo es posible escuchar las delicadas pisadas de las llamas hundiéndose en la fina arena.

Los llameros protegen a sus animales como si se tratara de seres queridos, acicalan su lana con frecuencia, mantienen sus pezuñas limpias y los llevan a las mejores zonas de pastoreo. Pero sólo las llamas machos y jóvenes están capacitados para transportar en sus lomos, durante varios días, la pesada carga compuesta por paquetes de 20 kilogramos que previamente el llamero ha preparado en mochilas envueltas en *chicuya*, una hierba muy resistente que abunda en las zonas altiplánicas. Durante el largo camino, los llameros y sus animales cumplirán jornadas de seis horas continuas y dormirán en viejos corrales abandonados.

Cae la tarde y se acerca nuestra primera noche de campamento, Irineo y Fulgencio, rápidamente, descargan los animales que, fatigados y hambrientos, corren cerro arriba para pastar. Fulgencio se tiende sobre los matorrales a mirar cómo se pierden las llamas en el monte. Mientras, la noche andina cae sobre nosotros como una gigantesca y fría manta negra.

La travesía es larga y, al arribar a los diferentes puntos de la misma, los integrantes de la caravana podrán constatar la alegría que su llegada despierta entre los pobladores, que en muchos casos aún utilizan el trueque –grasa y granos a cambio de sal, por ejemplo- como una forma de subsistencia. Ríos, hondonadas, pendientes, valles dunas, entre otros, conocerán del cruce de los llameros y sus animales, que en su trayectoria son acompañados sobre todo por la soledad y el silencio; trula, trula, trula, será el grito con que, cariñosamente, Irineo y Fulgencio obligan a las llamas a tomar el paso y, de esta forma, además, romper el silencio sepulcral que los envuelve.

Al llegar al poblado de Watarchi, que se abre entre las montañas la satisfacción embarga a los llameros no sólo por la culminación del viaje, sino también por las muestras de alegría que reciben de parte de los habitantes del lugar, que a cambio de la sal les proponen duraznos secos, zanahorias, habas y otros alimentos.

Ha concluido una larga jornada que no ha estado exenta de peligro, como cuando por los acantilados los animales se encabritaron y estuvieron a punto de desbarrancarse y perder la carga, y que ha incluido noches donde ha sido necesario amarrar a sus animales por el cuello para mantenerlos unidos y calientes.

Fulgencio continua con esta notable tradición, afortunadamente, y tal vez él se la traspase a sus hijos.

Ricardo Carrasco Stuparich ©

+56 9 88697913

ricardo.trex@gmail.com